EL QUIJOTE en las Escuelas

¿Es conveniente declarar "El Quijote" como texto obligatorio de lectura para uso de las Escuelas de primera enseñanza?

Estudio premiado
por la Asociación provincial
de maestros de
las Escuelas públicas de Barcelona,
en el Certamen literario con que
conmemoran la tercera fecha centenaria
de "EL QUIJOTE"

POR

D. Antonio Cremades y Bernal

Maestro por oposición, de escuela pública,
individuo de varias corporaciones
científicas y literarias,
etc., etc.



VALENCIA.—1905
Imp. de Vicente Ferrandis
P. Cajeros, 72

EL QUIJOTE en las Escuelas

¿Es conveniente declarar "El Quijote" como texto obligatorio de lectura para uso de las Escuelas de primera enseñanza?

Estudio premiado por la Asociación provincial de maestros de las Escuelas públicas de Barcelona, en el Certamen literario con que conmemoran la tercera fecha centenaria de "EL QUIJOTE"

POR

D. Antonio Cremades y Bernal

Maestro por oposición, de escuela pública, individuo de varias corporaciones científicas y literarias, etc., etc.



VALENCIA.—1905
Imp. de Vicente Ferrandis
P. Cajeros, 72

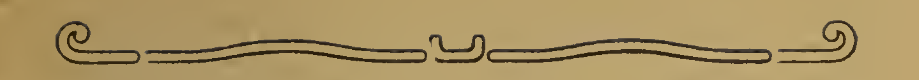
DEDICATORIA

Al muy ilustrado señor Don Rosendo Calatayud y Bonmatí, maestro de las escuelas públicas de Valencia, como testimonio de cariño y gratitud; su discípulo,

El Autor.

Al Sr. Dr. de "La Voz de Valencia", conde que lo halla identificado.

El Autor



"EL QUIJOTE" en las Escuelas

¿Es conveniente declarar á «El Quijote» como texto obligatorio de lectura para uso de las Escuelas de primera enseñanza?

I

INTRODUCCIÓN.—División de este trabajo.—Proposición que se trata de demostrar.

De los más evidentes principios puede la cavilosidad sacar materia para intrincados problemas, cuando el apasionamiento ocupa el lugar del juicio y de la razón.

La cuestión presente, aun no siendo enteramente nueva en los fastos literarios, tiene el privilegio de constituir lo que suele llamarse el tema de actualidad, la nota del día, merced á hallarnos en los en

que se ha celebrado uno de los más solemnes acontecimientos que en sus brillantes páginas registra la historia de la literatura española: la aparición de «El Ingenioso Hidalgo de la Mancha», obra inmortal sobre las que dieron nombre al siglo de oro de nuestra cultura patria, monumento admirable de las grandezas de aquella época y vivo testimonio del poder que alcanza el genio del hombre cuando responde fielmente á los designios que la divina Providencia concibiera al darle el ser.

Podemos, pues, decir que, de tal modo supo Cervantes lograr el fin que se propusiera con la creación de su «Ingenioso Hidalgo», que no parece sino que otra no fuera su misión en el mundo, habiendo eclipsado con su famoso libro, no solo á cuantos sobre asuntos caballerescos habían sido escritos, mas también á los que brotaron de su misma fecunda pluma, que no tardó en embotarse después de dar á luz «El Quijote», hasta que poco más tarde dejó de existir quien con tanto ingenio la manejara.

Para el mejor desarrollo del tema, estudiaremos primeramente lo que debe ser un buen libro de lectura, según los principios de la sana Pedagogía; sobre este fundamento razonaremos luego nuestra tesis, que es como sigue: *La declaración de «El Quijote» como texto obligatorio de lectura para uso de las Escuelas de primera enseñanza, es de todo punto inconveniente»*. Comencemos.

II

EL LIBRO DE LECTURA.—Dificultad de que sea bueno.—Su importancia.—Carácter educativo del libro de lectura.—Clasificación de éstos por su fin.

Dice un ilustre escritor del pasado siglo: «Es fácil al hombre instruído y versado en las discusiones políticas y filosóficas, adoptar el jiro, ya lógico, ya oratorio, que corresponde á la situación y al pensamiento. Sabe que habla á hombres, y que le han de entender. Pero expresar ideas morales y religiosas, es decir, de un orden altísimo, de manera que se hagan inteligibles á la tierna razón de los niños y que

éstos puedan percibirlas por sentimiento, más bien que por raciocinio, *es obra harto difícil, y que supone en el que la emprende y desempeña debidamente un grande conocimiento del instinto moral del hombre, única facultad desenvuelta en la edad para la cual escribe (1).*»

A tan juiciosas y exactas apreciaciones, solo hemos de añadir ligero comentario para encarecer la importancia del libro de lectura en las Escuelas. Si en la enseñanza escolar se prescindiera de la lectura, ¿no es evidente que la instrucción quedaría reducida al limitadísimo poder que tiene la viva voz del Maestro, y que, si los conocimientos hubieran de adquirirse exclusivamente por el oído, se haría interminable el camino que media entre la mayor parte de los objetos y su comprensión por el entendimiento, por la preponderancia que en el terreno de la instrucción tiene el sentido de la vista sobre los demás que se llaman instructivos?

Emitida en sonidos la palabra, huye,

---

(1) D. Alberto Lista, «Ensayos literarios y críticos», I, «El Libro de los niños», por Martínez de la Rosa.

sin dejar otra impresión en el ánimo de quien escucha sino una débil reminiscencia que luego también se disipa; mientras que por la escritura, quedando aquella detenida con caracteres permanentes, está predicando de contínuo las verdades, cuyo conocimiento ha menester el hombre para su perfección.

Mas la importancia de la lectura es evidente cuando se estudia el carácter que debe advertirse en los libros á ella destinados. Porque hay que dejar establecido que este carácter, con que se manifiesta el objeto principal de la lectura escolar, ha de hallarse en harmonía con *todas* las enseñanzas escolares, habiendo de ser, por tanto, *educativa* la lectura, como educativas han de ser las materias que en la Escuela se enseñen, como educativa, en grado eminente, tiene que ser la misma Escuela, á donde los padres de familia, en uso de un derecho imprescindible y sagrado y cumpliendo á la vez un sacratísimo é ineludible deber, envían á sus hijos *para completar ó sustituir* la acción educadora del hogar de la familia, á fin de que los niños se

transformen en hombres, ciudadanos y cristianos, como dice Niemeyer.

Épocas ha habido en que los pedagogos han tenido en más aprecio la lectura instructiva que la educativa, y aun hoy abundan los que dan tal preferencia; pero esto indica poquedad de ánimo, en unos, y denota asqueroso mercantilismo en otros, antes que desconocimiento del fin á que debe encaminarse la lectura en las Escuelas y de los medios á ello conducentes.

La lectura educativa se propone despertar los puros sentimientos de que la niñez se halla como saturada, corregir las pequeñas pasiones que ya desde los primeros años muestran su absorbente poder, infundir en el ánimo del niño hábitos de virtud, fortalecer su voluntad y formar caracteres resueltos y firmes para el bien, capaces de afrontar los peligros y asechanzas de que el mal usa contra la virtud; la lectura educativa, en resumen, ha de proponerse por objeto final la perfección humana sobre la base de la perfección moral y religiosa, sin las cuales no hay *verdadera* ni *integral* educación.

Entre ambas tendencias, la instructiva y la educativa, que informan los libros de lectura destinados á la niñez, hay otros dos términos, cuales son la lectura *instructivo-educativa* y la *educativo-instructiva;* aquélla que, como su nombre indica, es la que se propone, como fin principal, la instrucción, pero ejercitando al propio tiempo la razón, y, en general, las facultades intelectuales para evitar los capitalísimos defectos de la rutina y la inconsciencia en lo que se lee; la segunda que, como deja entender por su nombre, se propone por objeto final la educación de la voluntad del niño y no descuida la de la inteligencia por el ejercicio á que convoca á las facultades de este orden, á las cuales llama al conocimiento y comprensión de lo que se lee y á reflexionar sobre las consecuencias que de lo leído se deducen.

Colígese de aquí que en la lectura instructivo-educativa se atenúan los defectos de la simplemente instructiva, mientras que las excelencias de la educativa se completan en la lectura educativo-instructiva, porque en ésta se harmoniza, guar-

dando la proporción debida, el fin principal de la educación con la instrucción que es el mejor medio de lograrlo.

Esto es lo que viene á significar el precepto del ilustre Lista, cuando señala como materia para la lectura de los niños asuntos *de un orden altísimo,* que, hiriendo la débil inteligencia del pequeño lector, puedan ser comprendidos por éste *«más bien por sentimiento que por raciocinio».*

III

CONDICIONES DEL LIBRO DE LECTURA.—Auxiliar á la buena educación.—Estar bien meditado.—Acomodarse al sujeto para que se escribe.

Comprendiendo que la lectura educativo-instructiva es la que ha de engrandecer á la escuela y contribuir á la regeneración social, la Pedagogía contemporánea ha cambiado de orientación, y se observa que va perdiendo terreno el exclusivismo racionalista cuanto lo va ganando el sentido moral, que es el eje de la buena educación.

Determinemos ahora las condiciones

que debe reunir un buen libro de lectura para uso de los niños y á las cuales damos el nombre de cualidades pedagógicas. Mas porque no añaden ni quitan fuerza á los argumentos que luego hemos de emplear, prescindiremos de aquellas que hacen relación á la higiene, la estética y la economía.

El antes citado literato dice: «En la tierna edad se desenvuelven y fortalecen casi simultáneamente tres instintos, connaturales al hombre: *el de su conservación y felicidad, el de la sociedad, y el de su dependencia del Ser Supremo é independiente.* La generalidad de estos tres instintos, de estos tres sentimientos en todos los hombres de todas las épocas y pueblos, prueba que son *innatos,* es decir, que no los deben ni á la educación, ni á las preocupaciones, sino á su misma naturaleza».

«Pero es muy diversa la energía de estos sentimientos, en razón de la mayor ó menor cercanía de sus objetos al hombre mismo. El *de la felicidad* es vivísimo: no lo es tanto el *de la sociabilidad:* el religioso es más débil porque su objeto es invisible.

Sin embargo, la razón nos dicta, cuando somos capaces de escucharla, que del tercer sentimiento dependen los otros dos; porque él nos revela las leyes del mundo social, y lo que debemos hacer para ser felices nosotros mismos.»

«Siendo estò así, continúa, es necesario que la educación se anticipe, aun antes que la razón pueda extraviarse, á colocar el sentimiento religioso en el lugar que le corresponde, esto es, en el primero, y á hacer ver la dependencia que de él tienen todas las virtudes sociales, todos los medios de felicidad que se han concedido á la naturaleza humana (1).»

De donde fácilmente, y en rigor de lógica, se deduce, que la primera de las cualidades pedagógicas del libro destinado á la enseñanza de la lectura, ha de consistir en ser éste un auxiliar de la buena educación en la realización de aquel triple fin; es, pues, indigno de nuestra aprobación el libro que no procura mantener vivo en el corazón del niño èl amor de Dios, el de nuestros prójimos y el de nos-

(1) D. Alberto Lista, obra y lugar citados.

otros mismos, pues solo por el primero caminará el hombre directamente hacia su fin, que es el mismo de la educación; en el segundo se fundan hábitos de sociabilidad, con los cuales realizamos en el mundo parte de nuestro destino, y por el bien entendido amor propio y deseo de la propia felicidad, fundada ésta sobre el cumplimiento de todos nuestros deberes, es como somos útiles á la patria, hombres completos, excelentes ciudadanos y cristianos activos, diligentes y ejemplares.

Consecuencia de esto es, la necesidad de que el libro destinado á la enseñanza escolar de la lectura ha de acomodarse á un plan intencionado y bien meditado y de tal manera distribuído en capítulos ó lecciones que obedezca á las leyes de la variedad y el descanso, tan necesarios en todos los órdenes de la vida infantil, y que no aisle, sin embargo, cada capítulo de los que le preceden ó le siguen; deberá observarse en la composición del libro un criterio fijo y fundamental, constituyente de un solo cuerpo de doctrina en que se guarde una gradación proporcionada de las

partes á las excelencias de los particulares fines.

De ahí que la enseñanza de la lectura, siendo la más difícil de la escuela y la que constituye como el eje de todas las enseñanzas, deba darse con sujeción á un método *completo,* el cual abarque desde el conocimiento y aprendizaje de las letras hasta la lectura corriente de toda clase de escritos y formas literarias. En ese abigarrado conjunto de libros que componen generalmente el material completo para la enseñanza de la lectura, vienen á ser cada grado y cada libro, con respecto á la total educación del alumno, lo que son los silláres desprendidos en medio del muro principal de cualquier gran edificio, que no solo no lo benefician, ni hermosean, ni sirven de trabazón á la obra, sino que por el contrario lo perjudican notablemente, afeándolo y comprometiendo su fortaleza.

En otro orden observamos que los sentimientos de los niños son, como éstos, muy delicados, y que, á semejanza de las plantas tiernas que ostentan bellas flores, es bastante la más leve insinuación, la

más ligera imprudencia, para herirles en lo más vivo de su alma y destruir las delicadas virtudes que la hermosean. Por eso, tanto la doctrina, que es el fondo, como el lenguaje, que constituye la forma de los libros de lectura, han de acomodarse á las condiciones especialísimas del sujeto para quien están destinados, siendo poco cuanto se haga por conservar la inocencia de los primeros años, que es lo que más hermosa y amable hace esa risueña edad de nuestra existencia.

Porque el ideal del educador cristiano ha de colocarse en este doble objeto: conservar las bellas disposiciones del niño para practicar lo bueno y prevenirle para la edad futura, preparándole para resistir en el terreno de la dignidad y de la virtud las batallas que la sociedad presenta á cuantos traspasan los umbrales de la vida, de la familia y de la escuela para caer de lleno en la vida del mundo y de los negocios. Pués si la educación no mirara más que á conservar las felices disposiciones de que los niños se hallan generalmenle adornados, no sería suficiente para la vida so-

cial en donde ha de dar sus frutos; y hallándose desprovisto el joven de armas con que poder luchar contra sus pujantes apetitos ¿qué tendría de extraño que sucumbiera á los primeros embates de la concupiscencia, cayendo sin fuerzas, y tal vez sin lucha, á los pies de sus más fieros enemigos?

Por todo lo cual, el libro de lectura para niños ha de ser efecto de haber sido estudiado con cariño, meditado con interés, corregido con esmero y encaminado con lealtad al mejoramiento de las personas en cuyas manos ha de dar.

Sintetizando cuanto llevamos dicho sobre las condiciones del libro de lectura destinado á las Escuelas de primera enseñanza, lo encerraremos en la siguiente aforística frase: El libro de lectura ha de ser tal que, dado un joven extraviado por las pasiones, al tropezar alguna vez con aquel compañero de su infancia, sienta renacer en su alma los sentimientos que animaban su corazón cuando niño; el libro de lectura debe ser como otro ángel de la guarda que hable á la conciencia del joven

extraviado la voz del olvidado deber y de la virtud perdida.

IV

CUALIDADES DEL LIBRO DE LECTURA.—Verdad y decencia.—Sencillez y claridad.

Por lo expuesto hasta ahora se puede adquirir la evidencia de que es muy difícil componer un buen libro de lectura para niños pues, además de las reglas generales de toda obra literaria, hay que atender á los preceptos peculiares del género á que nos venimos refiriendo.

Y sin embargo, aun no está dicho todo, ni mucho menos, sobre la materia de que tratamos. Recorreremos sucintamente las principales reglas que nos falta considerar.

La verdad y la decencia han de ser tratadas en el libro de lectura con la más exquisita veneración, tal que, cuando el autor necesite echar mano de la fábula, en sustitución de hechos reales, á que debe darse la preferencia, describa con rigor de verosimilitud el cuadro que intente ofrecer á la consideración infantil, huyendo siem-

pre de lo maravilloso y extraordinario y no mentando siquiera ninguna de esas creaciones inmorales que se llaman duendes, brujas, etc. Valerse de semejantes recursos para cautivar la atención del niño, sobre ser sumamente perjudicial para la educación moral de éste, arguye pobreza, miseria de entendimiento en quien los compuso y revela poca aprensión en quien les franqueó la puerta de la escuela.

Con libros que pueden excitar la viva imaginación de los niños, es poco todavía lo que hizo el Cura de «El Quijote» con los volúmenes de caballerías que habían trastornado el juicio del más cuerdo hidalgo de la Mancha.

¿Y cómo encarecer la decencia en todas las escenas y partes del libro, si esta sola cualidad avalora el conjunto de las demás, y cuando ella falta es como si las demás no existieran? ¿No es bastante que el lenguaje más procaz è indecente se haya extendido como una plaga sobre la sociedad, sin respeto al niño ni á la doncella, y que, con los mismos padres de familia, haya penetrado ya en el santuario del hogar doméstico?

En otro orden de consideraciones, el lenguaje y asunto del libro han de acomodarse á la tierna inteligencia del niño; se huirá en él, por consiguiente, de palabras cultas y técnicas que perjudicarían la sencillez de expresión acomodada á la sencilla edad para que se escribe.

En cuanto á la forma literaria del libro de lectura, es conveniente para que el niño se ejercite en todas ellas; usar de una ú otra según el asunto, pero sin cargar la mano (y permítasenos esta expresión), sobre la dogmática, que es la que menos cautiva al niño, pero cuidándose al emplearla de que lo sea entre la narrativa y la dialogada, de forma que fácilmente puedan deducirse por aquéllos, de cada lección, el pensamiento capital y las máximas morales que de ella deben desprenderse.

Ayudando á reflexionar al niño la lectura, es como se va levantando el hermoso edificio de su educación intelectual, moral y religiosa.

V

ARGUMENTOS CONTRA LA ADOPCIÓN DE «EL QUIJOTE» COMO LIBRO DE TEXTO PARA LA LECTURA ESCOLAR.—Su fin no corresponde al de la educación de la niñez.—Su intencionalidad se halla muy distante del objeto de la lectura.—La desnudez de su lenguaje se opone á la moral de los niños.

Enumeradas las condiciones más salientes de fondo y forma que la buena Pedagogía exige en los libros destinados para la enseñanza escolar de la lectura, penetremos ya de lleno en la cuestión objeto del presente estudio, aduciendo aquellas razones que arguyen contra la adópción de «El Quijote», de «este, como se dice en hermosa biografía (1), esfuerzo del humano ingenio, de este libro asombroso, que ha sido durante más de dos siglos la admiración del mundo, la envidia de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, la medicina de los malhumorados y el repertorio inmenso de todas las gracias de la conversación».

(1) Biblioteca de Autores Españoles.—«Vida de Cervantes».

Pues bien, procediendo aquí según el orden establecido en la primera parte, preguntamos: ¿Se propone por ventura «El Ingenioso Hidalgo», por objeto principal, ó tiene por pensamiento dominante el triple fin que la Pedagogía ha señalado para la lectura educativa?

Preciso es contestar que el pensamiento de «El Quijote», aun siendo muy noble y moralmente bueno, pues según el sentir de casi todos sus comentadores y críticos, consiste en corregir uno de los más grandes defectos de su época, cual fuese la extremada afición á los libros de caballerías, es, actualmente sobre todo, poco digno para constituir el fondo de una obra de lectura para niños, donde hay que avivar su sentimiento religioso, despertar hábitos de amor hacia sus conciudadanos y moderar y regular por la práctica de las virtudes cristianas y sociales el amor que á nosotros mismos nos profesamos.

En aquella época de grandezas, en que todo, virtudes y pasiones, llegaba á su apogeo, la aparición de «El Quijote» produjo bienes inapreciables por su inmenso valor;

en este sentido, la obra del inmortal Cervantes es eminentemente educativa, mejor dicho, lo fué, porque habiendo desaparecido las circunstancias que motivaran su aparición, no alcanzan á las costumbres de hoy los efectos de aquel gran libro, sino únicamente á la radiante pero limitada esfera del más glorioso monumento de la literatura patria levantado en aquellos tiempos.

Pero *distingue tempora et concordabis jura*, podemos decir haciendo referencia á nuestro raciocinio; no todos los libros son para todas las épocas del mismo valor, ni tienen la misma trascendencia. «El Quijote», pues, que ya no tiene valor educativo para la actual sociedad, menos podrá tenerlo para la educación de la niñez que concurre á nuestras escuelas.

Forzoso es, por tanto, reconocer y aceptar la conclusión que de aquí se desprende, mas si se nos objetara con el inmenso valor literario que «El Quijote» encierra; observaríamos que no hay razón alguna, superior á las de orden religioso y moral, que avalore un libro destinado á la educa-

ción del niño. Luego bajo el concepto de fin, *no es conveniente declarar á «El Quijote» como libro de texto para uso de las escuelas de primera enseñanza.*

Pasando ahora á otro orden de consideraciones, detengámonos en otro punto no menos importante que el anterior: Para hacer bien una cosa cualquiera, hay que establecer primero el fin y objeto inmediato para que aquello ha de ser hecho y conocer y determinar los medios acomodados á la naturaleza del fin que se persigue; esto es lo que hace al artista, al hombre de genio, cuya obra es tanto más admirable y revela más sobresalientes facultades, cuanto más perfecta sea la harmonía que haya entre el fin, los medios y el resultado, esto es, entre la intención ó inspiración, la ejecución y la obra misma.

¿Cómo, pues, ha de servir «El Quijote» como libro de lectura educativa para las Escuelas, cuando la mente con que fué compuesto tan distanciada se halla con relación al fin de la lectura escolar, y, por consiguiente, cuando los medios empleados por el gran Cervantes andan tan desacordes con este mismo fin?

Aun haciéndose las cosas con intención deliberada, sucede frecuentemente que los mismos hombres de talento reconocido no aciertan en los medios que emplean, y, por tanto, se equivocan en los efectos ¿y había de haber sucedido con «El Quijote» lo que puede mirarse como cosa contraria á la misma naturaleza? Porque ¿qué tienen que ver las locuras del Hidalgo Manchego y las sandeces maliciosas de su escudero con las pasioncillas que en los niños hay que corregir? ¿Qué parte puede apropiarse el niño de los, por todos conceptos, extraordinarios sucesos en que los tales caballero y escudero intervienen constante y contínuamente, que le haga reflexionar sobre sus vicios y sus amores, sobre sus deberes y sus faltas? Mas aun concediendo que algunas páginas encierran precioso tesoro de sana semilla educativa, ¿qué plan se observa en la obra que haga suponer por un momento que iba enderezada á tan alto y complejo y difícil objeto cual es la *educación* de la niñez?

***

Penetrando ahora en otro terreno más práctico, no podemos menos de convencernos, á poco que nos fijemos, de que es también inconveniente la declaración de «El Quijote» como libro de texto para la lectura en las Escuelas, por la desnudez de lenguaje que acompaña en repetidas ocasiones á escenas donde campea el más pintoresco realismo naturalista. ¿Como no serlo si allí está el ventero adjudicándose á sí mismo todo género de *alabanzas* por sus *brillantes méritos y servicios,* entre los que no deja de mencionar aquello de haber *recuestado* muchas viudas y *deshecho* algunas doncellas (1)? ¿Y qué diremos de la nada edificante historia de la apasionada Dorotea, contada por ella misma, en donde el amor más ciego atropella y pasa por sobre todos los deberes y aun sobre las mismas conveniencias sociales, que ayudan á veces á guardarlos (2)? ¿Y de los *especiales* gustos de la Maritornes, en lo referente á las lecturas caballerescas (3), así como del

(1) «El Ingenioso Hidalgo», parte I, cap. III.
(2) «El Ingenioso Hidalgo, parte I, cáp. XXVIII.
(3) Parte I, cap. XXXII.

conjunto y cada una de las partes de la inimitable novela «El Curioso Impertinente», con aquellas infidelidades criminales tan manifiestas y aquellos abusos de confianza tan patentes y aquella pintura tan viva de los medios de seducción y desahogo que emplean los amantes?

¿Ni cómo explicar á los niños aquella metáfora del *león manchego* y la *paloma tobosina* (1), aclarada más adelante por la interpretación de D. Quijote, ni el modismo que Sancho emplea (2) para pedir al Bachiller noticia de la aventura de los yangüeses, ocasionada por intemperancias de Rocinante, ni el refrán que Teresa Panza suelta á propósito de su hija cuando porfía con su marido (3)?

Y sino cuando el escudero del caballero del Bosque *requiebra* á la hija de Sancho con aquella indecentísima expresión, cuando oye á éste pregonar las excelencias y buenas partes de la muchacha (4), ó el

(1) Parte I, cap. XLVI.
(2) Parte II, cap. III.
(3) Parte II, cap. V.
(4) Parte II, cap. XIII.

ahitamiento de la perra que se refiere con ocasión del mono adivino de maese Pedro (1), ó al llegar al descomedimiento del moro con Melisendra en la aventura del titerero (2), ó en la respuesta de D. Quijote á maese Pedro cuando éste le quiere cobràr el entuerto hecho por aquél en la figura de la misma Melisendra, ó ya la ágria y significativa contestación de la dueña doña Rodríguez á Sancho, cuando éste la ha insultado con epitetos deshonestos (3).

Y cuando no, ahí están: Altisidora, con sus bien fingidos pero demàsiado ardientes amores (4), la *hinchazón* de Antonomasia, el sabrosísimo monólogo del Hidalgo Manchego cuando resiste valerosamente los ataques de Altisidora á su honestidad (5), y, en fin, por acabar alguna vez, la historia que la dueña Dolorida cuenta á D. Quijote para venir á pedirle que vengue el

(1) Parte II, cap. XXV.

(2) Parte II, cap. XXVI.

(3) Parte II, cap. XXXI.

(4) Parte II, cap. XXXIX.

(5) Parte II, cap. XLIV.

desaguisado que un mal caballero hiciera en la honra de su hija (1). En una palabra, apenas se encontrará en libro tan hermoso un capítulo, y aún muchas páginas, en que no se hable de amores, las más de las veces lujuriosos ó descomedidos.

¿Cómo, pues, poner en manos del niño semejante conjunto de desnudeces sin que corran peligro cierto de perderse tanto candor é inocencia como allí ha prodigado la mano del Supremo Hacedor? ¿No es más fácil que «El Quijote», como libro de lectura para la niñez, la extravíe y corrompa, despertando estímulos que conviene duerman pesado sueño, aguijoneando pasiones que, no por ser débiles en tal edad, dejan de tener depositada ya su semilla, y descubriendo secretos que desde sus más tiernos años tienen por guarda y fiador á la misma curiosidad?

Queda, por tanto, confirmado que es inconveniente declarar á «El Quijote» como libro de lectura para las Escuelas de primera enseñanza.

---

(1) Parte II, cap. XLVIII.

VI

ARGUMENTOS CONTRA LA ADOPCIÓN DE «EL QUIJOTE» COMO LIBRO DE LECTURA ESCOLAR.—Abunda en mentiras é inverosimilitudes.—En palabras de bajo significado.—En razonamientos superiores á la comprensión del niño.—En malos ejemplos.

Considerando ahora nuestro «Ingenioso Hidalgo» desde otro punto de vista, echamos de ver claramente que, no ya la verdad absoluta, que es Dios, pero la relativa, á la cual se llama verosimilitud, se encuentra en la mayor parte de las brillantes páginas de aquel libro de oro.

En él usan y *abusan* de la mentira todos los personajes, sin excluir á los que ostentan autoridad y dignidad; y lo mismo la emplean para disculpar sus faltas que en la explicación de sucesos en que intervienen. Por ejemplo, en los consejos del ventero, padrino de D. Quijote en la orden de caballerías, cuando el novel caballero se parte del castillo donde veló las armas (1)

(1) Parte I, cap. III.

y las que constituyen el industrioso tejido empleado por el ama para evitar el inminente peligro de perderse en que la lectura de los libros de caballerías ponían el juicio del mejor ingenio manchego (1).

Y si es de duendes, brujas, encantadores y encantamientos, ábrase por cualquiera hoja el libro de que tratamos, que bien seguro es tropezar en cada página con una ó con varias de aquellas cosas.

Mas aunque se diga que al fin de la fábula se ve lo artificioso de aquellos maravillosos sucesos, es el caso que entretanto se ha ido excitando la viva imaginación del niño y háse apoderado de su ánimo la funesta pasión del miedo que difícilmente levantará de allí sus reales por muchos años aun cuando se comprenda lo irracional de esta pasión y lo injustificado de su presencia en el corazón del adulto.

¿Qué diremos, pues, de aquel admirable artificio de la muerte y resurrección de Altisidora, descrito, trazado y pintado tan maravillosamente que más parece estar viéndolo que recreándose en la lectura de

(1) Parte I. cap. VII.

lo imaginado por Cervantes? ¿Y qué del *ensalmo* que sabe el Cura *para pegar barbas,* de que aquel hace mención cuando la mala suerte del barbero hace que se le caigan como arrancadas de cuajo?

Y si pasamos á los juramentos y execraciones que tanto abundan en «El Quijote», no será mucho reconocer que, por lo menos, es peligroso aquel lenguaje para la salud moral de los niños, pues ellos se hallan predispuestos siempre á la adquisición de todo gérmen infeccioso, lo mismo que en su físico en lo espiritual.

No dejemos de advertir tampoco que allí se usan con alguna prodigalidad las palabras de bajo é injurioso significado, y que se aplican á las personas, y ahí están las voces *bestia, ladrón* y *animal,* entre otras sumamente escandalosas, que lo mismo se ponen en labios de gente villana, como Sancho, que en los de D. Quijote, quien por su cuna, género de vida y misión que ha de desempeñar, debiera ser en todas ocasiones modelo de cultura, decencia y comedimiento.

En otro orden de consideraciones, tam-

bién es inconveniente «El Quijote» para la lectura de los niños por la abundancia de brillantísimos razonamientos que hay en sus páginas, ora para encarecer la importancia de las armas ó las letras, ora para hacer amables la vida del campo ó el ejercicio de la virtud; en donde habla D. Quijote con aquel profundo conocimiento y gallardía y sublimidad y magnificencia que retratan como en espejo de purísimas aguas, el genio providencial del inimitable Cervantes.

Y es inconveniente bajo este concepto precisamente por afectar tan grandilocuentes discursos la forma dogmática de que arriba hemos hablado, la cual es la que peor se acomoda al natural del niño, quien, es indudable, al llegar á la lectura de tan hermosos períodos, pasaría trabajosamente sobre ellos sin reparar en las prodigiosas bellezas del fondo, ni en las espléndidas riquezas de la forma.

¿Ni cómo ha de ser tampoco algo conveniente ofrecer á la consideración del niño un Cura como el de «El Quijote», que, alejado del sitio á donde su sagrado

ministerio y los intereses espirituales de sus feligreses le obligan, se echa por esos mundos, con afán generoso pero equivocado, y contribuye á las locuras y tonterías de sus respectivos hijos de doctrina D. Quijote y Sancho, haciendo coro á los enredos de los demás y aun inventando mentiras (1), corriendo de ceca en meca con aquella turba de locos más ó menos enamorados que se llaman D. Quijote, Cardenio, Dorotea, etc., posando en ventas (2) entre gente de dudosa condición y gastando bonitamente sus modestos haberes en obras cuya caridad es problemática (3), como cuando paga la posada del Hidalgo Manchego ó á los cuadrilleros para que custodien la jaula en donde habían de encerrar á D. Quijote?

Ahí está también el canónigo, que se goza en cosas bien diferentes por cierto de aquellas en que debe emplear el tiempo, y que, *reventando de risa* (4) con el cura, con-

---

(1) Parte I, cap. XXIX.
(2) Parte I, cap. XXXII.
(3) Parte I, cap. XLVII.
(4) Parte I, cap. XLVII.

templa la feroz riña que D. Quijote sostiene con el cabrero en el verde prado en donde se hallaban comiendo, y también puede verse como increpa con la mayor dureza el insigne Cervantes en la persona del eclesiástico de los Duques á los sacerdotes que desempeñan cerca de personas principales oficios de ayos ó educadores.

Mas ¿no es todo esto perjudicial para el respeto que debe profesar el niño hacia la clase sacerdotal y la Iglesia por ella representada? ¿Pues cómo ha de ser conveniente que lea el niño un día y otro libros como «El Quijote», donde hallará más de una vez motivos sobrados para desfavorables críticas de tal clase ó estado?

VII

ARGUMENTOS CONTRA LA ADOPCIÓN DE «EL QUIJOTE».— Por lo anticuado de su lenguaje.— Por su tecnicismo.— Por el testimonio mismo del autor y de sus más eminentes comentadores.

Además de las consideraciones que afectan al fondo del libro inmortal de Cervantes, entre las que no hemos querido incluir otras muchas, que se nos ofrecieron,

pues nos causa pena y disgusto el tener que poner nuestra humildísima pluma sobre los rasgos luminosísimos que dejó trazados con la suya tan brillante aquel insigne escritor, hay otras que se refieren á la forma de «El Quijote», también desde el punto de vista de ser éste inconveniente para la enseñanza de la lectura en las Escuelas.

Lo primero que bajo este aspecto ha de llamar nuestra atención, es que en «El Quijote» abundan las palabras que, ó no se hallan en uso, ó han perdido su primitivo significado, lo cual hace que su lenguaje sea impropio é inconveniente para la lectura escolar; y aun hay más, que la morfología y sintaxis de la obra que estudiamos, aunque no mucho, difieren de la morfología y sintaxis que hoy se hallan en vigor lo bastante para causar algún trastorno en los escasos y todavía poco seguros conocimientos gramaticales de los niños.

Más todavía; «El Quijote», como obra monumental que es, como síntesis magnífica de los conocimientos de una civiliza-

ción, en su fondo de doctrina y en la expresión que lo reviste, encierra multitud innumerable de períodos, frases y palabras que son imposibles de entender sin el auxilio de minuciosa anotación hecha por persona sabia, diligente y estudiosa. Mas, si estas notas, de las cuales no pueden prescindir ni los hombres ilustrados, se intercalan en el texto, ó mejor, se ponen al pie de cada página ó al fin de cada capítulo, necesariamente han de dificultar y entorpecer la lectura, dividiendo la atención del niño con perjuício evidente de su comprensión. Y, si por corregir este grave mal, ha de quedar la aclaración de tantos puntos oscuros á cargo del maestro, ¿no exigirá de éstos una cultura más que mediana en todos los ramos de conocimientos, un estudio acabadísimo de «El Quijote» y una erudición de cuerpo entero para conocer cuanto se ha escrito aclarando y comentando tan hermoso libro?

Ante dificultades tan enormes, forzoso es admitir que «El Quijote» no es obra de lectura para niños y que, por consiguiente,

no conviene que sea declarada de texto para la enseñanza escolar.

Barruntos, y aun algo más, debió tener el mismo Cervantes de que su inmortal obra no era para niños, cuando más de una vez dice de ella que *los niños la manosean;* cuya frase, junto con los otros conceptos que siguen en perfecta gradación: *los mozos la leen, los hombres la entienden,* etc., creemos que dice lo bastante para convencer de que no son los niños los llamados á saborear una obra de donde puede y debe sacarse considerable suma de conocimientos y reglas de vida que allí se contienen, constituyendo profundas y provechosas enseñanzas así para sacerdotes como para militares, maestros como médicos, nobles y plebeyos, príncipes y vasallos, hombres y mujeres, y, en una palabra, para cuantos con espíritu reflexivo y dirección acertada sean capaces de sentir y descubrir las bellezas prodigiosas que allí ha dejado estampadas, pero vivas, inmortales, el genio poderoso de aquel hombre providencial.

Y este nuestro humilde parecer se ha-

lla confirmado en las innumerables ediciones que se han hecho de «El Quijote» en todos los idiomas y apoyado por el mismo Clemencín en el prólogo de su «Comentario á «*El Ingenioso Hidalgo*» de Cervantes», donde además cita á tan respetable autoridad como es Fr. Martín Sarmiento, de quien dice que «esforzaba con gran copia de razones la necesidad de comentar «El Quijote» para entenderlo y leerlo con fruto». De no ser así, no hubiera estado el ilustre literato inglés Bowle dedicado á comentar y anotar aquella obra *por espacio de catorce años,* como atestiguan Clemencín y Pellicer.

Ahora bien, si tanto por el fondo como por su forma es, como se ha visto, *inconveniente* declarar «El Quijote» como libro de texto de lectura para uso de las Escuelas de primera enseñanza ¿cómo puede *convenir* que esta declaración sea *obligatoria,* ó lo que es lo mismo, *forzada, impuesta,* si con ello se atacaría además directamente el derecho que todos tenemos de elegir para nuestros hijos ó discípulos aquellos libros que mejor se acomoden á nuestra manera de pensar y de sentir?

VIII

MÁS ARGUMENTOS.—Contra objeciones que pudieran ofrecerse.—«El Quijote para Niños» no responde tampoco á las cualidades pedagógicas del libro de lectura.—Conclusión.

Aquí terminaríamos gustosamente el modesto estudio que con sinceridad de convicción hemos desarrollado, si buena y distinguida parte de nuestros comprofesores, sugestionados por tan hermoso libro, no se hubieran propuesto llevar á la práctica, con la publicación reciente de un nuevo Compendio de «El Quijote», la tesis contraria á la que nosotros hemos defendido desde todos los puntos de vista. No estará, pues, demás que dediquemos á tal obra el último capítulo de esta monografía.

Empecemos por aclarar que tanto este Compendio como los que en otras ocasiones han visto la luz pública, no son la obra de Cervantes á que se refiere el tema que hemos estudiado, y afirmamos también que estos libros, sobre todo el que tenemos á la vista en el momento que esto escribimos, que se dice destinado para uso

de los niños, no obstante la buena intención, el patriótico entusiasmo y las nobles aspiraciones de quien llevara á cabo tan ímproba tarea cual es la de acomodar á la educación de los niños una obra que, como se ha podido ver, no reune condiciones pedagógicas para ello, este Compendio de «El Quijote», decimos, sobre no ser ya sino la quintaesencia del primitivo, carece también de aquellas cualidades.

En primer lugar, se han suprimido, con acierto, *diez y ocho* capítulos de la primera parte del de Cervantes y *veintiseis* de la segunda, haciendo un total de *cuarenta y cuatro* capítulos (1), además que de la mayor parte de los restantes han sido suprimidos muchos párrafos, como se puede ver por la nota que va al pie. De aquí resulta que el pensamiento de la obra de Cervantes ha

---

(1) Los capítulos suprimidos por completo son: V, XI, XII, XIII, XIV, XXIV, XXV, XXVIII, XXIX, XXXIII, XXXIV, XXXV, XXXVI XXXVIII, XXXIX, XL, XLI y XLIII de la primera parte, y IV, IX, XIII, XIV, XV, XVIII, XXI, XXIII, XXVI, XXVIII, XXXI, XXXIII, XXXV, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLIII, XLVIII, LII, LV, LVI, LX, LXV y LXX de la segunda.

«El Quijote» de Cervantes contiene 126 capítulos, mientras que el *Compendio* solo alcanza á 65, esto es, 61 capítulos menos, ó sea, que éste es *casi la mitad* de aquel; ¿qué puede quedar de «El Quijote»?

sido truncado, el monumental edificio ha sufrido desmoronamiento, se han acarreado perjuicios á la unidad del conjunto, quedan mal hilvanadas muchas escenas, oscuros y dificultosos muchos puntos y destruídos y borrados preciosos detalles que venían á constituir como bajo relieves de extraordinario mérito colocados en las caras del monumento, sin que por eso haya podido reducirse la obra á las proporciones convenientes, pues el Compendio de que tratamos aun consta de más de *¡¡quinientas páginas!!*

¿Pero háse logrado con él evitar los inconvenientes señalados? Véase, en efecto: En el capítulo II de la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo» de Cervantes, donde se refiere como D. Quijote llegó á la venta, que á él le parecía castillo, á cuya puerta había dos mozas, se lee que éstas se rieron fuertemente al oir que el Hidalgo les llamaba *doncellas;* mas juzgando acertadamente el compendiador de «El Quijote», que el contraste del calificativo con la fuerte risa hubiera de despertar peligrosa curiosidad en los niños, ha suprimido

las líneas que median entre la vista de D. Quijote por las mozas y la risa de éstas al oirse llamar «doncellas, cosa tan fuera de su profesión;» con lo cual resulta que, sobre ser inexplicable la tal risa, es también inoportuna, improcedente y contra todas las reglas del sentido común y de la buena crianza.

Pero no se ha suprimido en el Compendio (1) la aventura donde se pinta con vivos colores y ridícula expresión el susto de los pobres frailes que á D. Quijote le parecieron encantadores que llevaban hurtada alguna princesa.

¿Y qué diremos de la confusa é indescifrable, y por lo mismo *temeraria* (2) escena, que así resulta en el Compendio, donde, huyendo el compendiador de dejar al descubierto las malas andanzas de la Maritornes, cuando tienta á oscuras el lecho del arriero, cae aquel en laberíntica sima, de donde jamás puede salir hasta que pasa á otros asuntos?

Mas ¿no resulta asquerosa en demasía

(1) Parte I, cap. VII.
(2) Parte I, cap. X.

aquella pintura de Cervantes, reproducida exactamente en «El Quijote para Niños», de la desgracia sucedida á Sancho cuando se acerca á ver cuantos dientes y muelas habían huído de la boca de su amo, y lo hace en momento tan oportuno cual es el en que el *milagroso* bálsamo hacía su operación en el estómago del molido caballero (1)?

Pues ¿y cuando le acometen á Sancho aquellas terribles angustias producidas en parte por miedo y en parte por *lo lenitivo* de las cosas que había cenado?

Pasemos por alto el mal ejemplo de un cura tan andariego y de un canónigo tan burlón como Cervantes nos ofrece y se han trasladado en «El Quijote para Niños», y hagamos lo mismo con las mentiras de Sancho, con la *fórmula* que este emplea para convencer á su amo de que no va encantado en la jaula como supone, con la asquerosa escena de cuando el fiel escudero hace experiencia para saber si ha pasado la línea equinoccial (2) y con los

(1) Parte I, cap. XI.
(2) Parte II, cap. XVI, Compendio.

versos de la desenvuelta Altisidora cuando despide despechada al más honesto de los andantes caballeros.

Porque no obstante los escrupulosos cuidados y á pesar de la rigurosa poda empleada y aunque se ha puesto especial empeño en huir de todos los escollos en que abunda «El Quijote» de Cervantes, aun se advierten en el Compendio peligrosos conceptos, amores poco edificantes y escenas de interpretación funesta para los niños; la incultura de muchas expresiones, la disconformidad de su objeto con el de la educación escolar, el arcaísmo de su lenguaje diferente del actual por las voces y la construcción gramatical, y, por encima de todo, aun quedan *flotando* las figuras de un loco rematado, cual es D. Quijote, y de un tonto de remate, como Sancho Panza.

En cambio, se ha mutilado tan hermosa obra con perjuício de su bella integridad, hánse hecho desaparecer bellísimas figuras que realzaban extraordinariamente el valor intrínseco del libro, se ha procurado ocultar pasajes de subido color, pero luminosos; y el soberbio monumento de la

literatura y de las ciencias ha perdido, en fin, buena parte de su magnificencia primitiva sin que tan costoso sacrificio pueda ser recompensado con los resultados que se apetecían.

«El Quijote» fué escrito para *hombres* en una época en que era familiar cuanto en sus áureas páginas se refiere; pasados trescientos años, «El Quijote» solo puede ser comprendido por aquellas personas instruídas en diversos conocimientos, aptas para saborear bellezas del arte literario. De «El Ingenioso Hidalgo» de Cervantes puede decirse lo que D. Quijote cuando dejó colgadas sus armas, después de vencido por el Caballero de la Blanca Luna:

Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Roldán á prueba.



Terminamos con las siguientes palabras de Clemencín (1): «..... notando con imparcialidad los rasgos admirables y las imperfecciones, el artificio de la fábula y

(1) Lugar y obra antes citados.

la negligencia del autor, las bellezas y defectos que suele ofrecer mezclados «El Ingenioso Hidalgo.» *Acaso se nos tildará de nimiamente severo en lo que parece reprensible; acaso los amantes indiscretos de la gloria nacional, en que tiene tanta parte la de Cervantes, me acusarán de indiferente y aun contrario á ella».

Nuestro lema es siempre el mismo, y con esto respondemos á toda maliciosa acusación:

Amicus Plato, sed magis amica veritas.



SUMARIO



Precio de cada ejemplar
25 céntimos de peseta

